

# BARTOMEU COSTA-AMIC

FABIENNE BRADU

**B**artomeu Costa-Amic pertenece a una rara estirpe de radicales. No es de los que tiran un libelo o un cartucho de dinamita y luego esconden la mano tras la espalda encorvada por un fanatismo suicida. Su audacia, que se confundiría con la gesta de los anarquistas de principios de siglo, se deriva de una curiosa mezcla de testarudez y ductilidad. Sacando provecho del roble y del junco, elaboró la madera de su vida, que la vida misma se encargó de tallar y pulir a fuerza de derrotas, vicisitudes, exilios y también golpes de suerte. Costa-Amic tiene la gracia de los últimos aventureros, cuya vida entrega una paradójica lección: la aventura puede cumplirse a través del trabajo y el esfuerzo, y el heroísmo secreto puede nacer de una generosidad que vena las convicciones más arraigadas.

A los 86 años, reserva sus noches al diálogo con los casi dos mil libros que ha editado a lo largo de su vida y cuya compañía ahora prefiere a la de las mujeres, después de su séptimo matrimonio. Un Barba Azul todavía apuesto y seductor en la cueva de un Alf-Baba de la edición que, a lo largo de la conversación, desempolva sus recuerdos y sus tesoros, y los pone sobre la mesa de la cocina, entre las tazas de café, las galletas, el trapo de limpieza, los recortes de periódico y las pilas de papeles, como si todo interlocutor fuera un fiscal que exigiera las pruebas fehacientes del alegato de una vida. Añejas costumbres de los viejos que se han pasado la vida rectificando versiones de la Historia, porque, accidentalmente o no, les ha tocado vivir el estrellato de los decisivos papeles secundarios. En el dédalo de un departamento convertido en caótica librería, sobre la pared de un pequeño cuarto que alguna vez presumió de biblioteca formal, cuelga la prueba documental del primer paso de Costa-Amic por México. Se trata de la ampliación, prácticamente de cuerpo entero, de una fotografía que lo retrata junto con León Trotsky y lleva al calce la siguiente dedicatoria: "Para el camarada Bartolomeu Costa Amich, con el saludo revolucionario, León Trotsky, 8/11/1937, Mexico City".

El joven de veinticinco años que posa a un lado del fundador del Ejército Rojo, bien merece la sonri-

sa de satisfacción que ilumina su rostro. Este joven catalán acaba de lograr algo que, en 1936, se antojaba imposible: el asilo para Trotsky. Hacia mediados de octubre de ese año, había llegado a México el único equipo de beisbol de Barcelona, coincidentemente bautizado: "México", que tenía infiltrado entre sus miembros a tres bateadores de pelotas antiestalinistas. El mayor era un luchador sindicalista, Daniel Redull, alias David Rey, que llegó a contabilizar un record de catorce años de cárcel por *home-runs* subversivos; el segundo corredor, apodado "El guapo", era Manuel Martínez y el tercero, que hacía las funciones de secretario del grupo, Bartomeu Costa-Amic. Los tres eran militantes del POUM. Para suerte del partido, el viaje había sido sufragado por un rico industrial cubano que, lejos de acariciar simpatías ideológicas con los poumistas, sólo pretendía traer de regreso al nuevo continente a sus dos hijos, entonces estudiantes en la efervescente Barcelona gobernada por la Generalitat. Nunca un equipo de beisbol habrá conjugado intereses tan diversos y ajenos al espíritu deportivo. Además de las actividades de propaganda planeadas para recoger apoyos en favor de la República, Bartomeu Costa-Amic traía en el bolsillo una carta que le había confiado Andreu Nin, entonces *Conseller* de Justicia del Gobierno Catalán Autónomo, con la orden de entregarla al general Lázaro Cárdenas y, sobre todo, de obtener lo que la misiva solicitaba. Pero, ¿cómo hace un joven catalán, militante anónimo del POUM y recién desembarcado bajo el disfraz de jugador de beisbol, para conseguir una entrevista con el presidente de México? A veces la Historia sugiere que la buena suerte también agujereaba las buenas causas. El equipo campeón de España traía en sus maletas los veintidós trofeos que atestiguan su pericia deportiva o la falta de adversarios a su altura. Los trofeos se exhibieron en una tienda situada en las calles 16 de septiembre y Bolívar, cuya razón comercial, aunque haya cambiado de esquina, sigue despertando la risa de nacionales y extranjeros: "Para petacas, las de Miguel". Dio la casualidad que un personaje clave para la misión clandestina, no solamente paseara el día adecuado

por las calles del centro, sino también se detuviera a admirar los trofeos en el preciso momento en que Costa-Amic se encontraba en la tienda. Se trataba de García Urrutia, presidente del Frente Popular mexicano-español y periodista adscrito a la Secretaría de Comunicaciones, donde despachaba el general Mújica. Quién sabe cómo el joven Bartomeu se ganó la confianza del mexicano o, mejor dicho, depositó la suya en él, pero el caso es que acabó confesándole la verdadera razón de su estancia en el país. El mexicano, seducido por la idea y tal vez también por la rocambolesca situación, no vaciló en asegurar que al día siguiente lo llevaría hasta la oficina del general Mújica en el edificio que hoy alberga el Museo Nacional de Arte. Y efectivamente, al día siguiente, Costa-Amic estaba cara a cara con Mújica, "un hombre chaparrito, con grandes ideas". Luego de un breve preámbulo, le tendió la famosa carta que el general leyó en silencio. Con la misiva en la mano y sin decir una palabra, el militar desapareció en el privado contiguo, del que volvió a salir unos minutos después para anunciarle a Costa-Amic: "Pasado mañana, lo recibe el general Cárdenas a las once".

El día anterior a la entrevista, Costa-Amic fue a visitar la sastrería del señor Culveaux en el centro de la ciudad. Su propósito no era, como podría pensarse, recurrir a los servicios del afamado francés para presentarse *comme il faut* ante el presidente de la República, sino entrar en contacto con un grupo de trotskistas mexicanos que, capitaneados por Diego Rivera, se reunían en la trastienda. Luego de exponerles el motivo de su misión secreta, Costa-Amic oyó por primera vez una expresión mexicana que, en boca del estruendoso Diego Rivera, le sonó tan novedosa que se le quedaría grabada para siempre en la memoria: "¡Hijos de la chingada, no habíamos pensado en eso!" Más allá de la gracia lingüística, la frase revelaría que la iniciativa de solicitar el asilo para Trotsky no provino de Diego Rivera, como suele atribuírsele.

Existe, en efecto, una gran confusión sobre el origen de la petición. Los comunistas mexicanos afirmaban que el asilo fue consecuencia de una imposición de la Casa Blanca al general Cárdenas, después de que Roosevelt desechara la posibilidad de una visa para los Estados Unidos a causa del reestablecimiento de relaciones con el gobierno de Stalin. Los poumistas reclaman para sí la iniciativa y sostienen que, en un primer momento, habían pensado en Cataluña como refugio para el jefe del Ejército Rojo y en México como segunda opción. ("... Esa solución [México] me parece casi imposible; no es en absoluto mejor que Barcelona, en donde cualquiera puede estar seguro de que lo dejarán entrar, pero en donde también puede estar seguro que no permanecerá mucho tiempo con vida", escribe en esos días Sedov, el hijo de

Trotsky).<sup>1</sup> Los trotskistas norteamericanos y mexicanos de la Liga Comunista Internacional reivindican la solicitud a cargo de Diego Rivera, que hubiera tenido lugar a fines de noviembre en Torreón, donde Cárdenas supervisaba el reparto de tierras de la región lagunera. Costa-Amic asegura haberse entrevistado con él en la ciudad de México en los primeros días de noviembre y haber obtenido una respuesta favorable después de dieciocho minutos de conversación. Según sus palabras, luego de indagar acerca de la identidad de Andreu Nin, el general Cárdenas habría encargado a su secretario particular, Luis I. Rodríguez, girar órdenes a todos los consulados de México para que se concediera el asilo irrestricto a León Trotsky y Natalia Sedova. Después se habría dado un barniz nacionalista a la maniobra: Fidel Velázquez avalaría la petición en nombre de los trabajadores mexicanos y Diego Rivera, de los artistas.

Un mismo misterio envuelve el destino de la carta que portaba Costa-Amic: desapareció de los archivos presidenciales y privados del general Cárdenas. Hasta se llegó a sospechar de la archivista: la legendaria Elena Vázquez Gómez, estalinista de hueso colorado, que la hubiera sustraído, movida por el impulso que hubiera llevado a un ángel, o un demonio, a sustraer del paraíso una solicitud de asilo para el mismo Lucifer.

Es probable que varias solicitudes de asilo para Trotsky emanaran simultáneamente de diferentes agrupaciones políticas y que cada una se adjudicara el mérito de la aprobación por parte del general Cárdenas. Lo cierto es que los "beisbolistas" del POUM se quedaron en México hasta la llegada de Trotsky a Coyoacán en enero de 1937. Varias fotos atestiguan las dos ocasiones en que se reunieron con él e intentaron explicarle la compleja posición del POUM en su voluntad de independencia frente a las fuerzas políticas presentes en Cataluña y el resto de la España Republicana. Trotsky divergía con ellos, principalmente en la cuestión de la toma del poder, pero no podía dejar de reconocer en ellos a unos aliados contra Stalin que, por lo demás, no tardaría en exterminarlos sistemáticamente.

Costa-Amic regresó a España vía los Estados Unidos, donde se repitieron los mítines de propaganda a favor de la República. Al llegar a Barcelona, una nueva misión clandestina le fue confiada: se trataba de secuestrar a las esposas del general Franco y del general Mola para intercambiarlas por el dirigente del POUM, Joaquín Maurín, que estaba preso en algún lugar de Asturias. Las señoras veraneaban en Saint Jean de Luz y el plan consistía en administrarles un somnífero en el último té de la noche, gracias a la complicidad del sindicato francés de recamareros. Parece que incluso se había comprado una lancha que

las transportaría a un puerto más al Norte de la costa francesa para, de ahí, seguir el viaje por carretera hasta Barcelona, desde donde se intentaría canjear a las dormilonas con el dirigente del POUM. También parece que todo falló desde el inicio, a causa de la defección de los franceses que tal vez juzgaron que el plan era más adecuado para un guión de película.

Al estallar el movimiento del 4 de mayo en Barcelona, el partido le aconsejó a Costa-Amic que se trasladara a Perpignan con el objeto de organizar un refugio para los militantes perseguidos. El joven catalán se disfrazó entonces de gentleman-farmer en una finca alquilada, donde las actividades agrícolas se conjugaban con el tráfico de armas, el correo de informaciones y la organización de contraprosesos a los juicios expeditivos en contra de los poumistas. Obviamente, el segundo tipo de actividades no tardó en conducir al campo de concentración de Vernet d'Ariège y luego al de Saint Cyprien, donde se recluían a los "peligrosos". El permiso de embarque para México llegó finalmente, pese a los esfuerzos desplegados por Fernando Gamboa para restringir la ayuda mexicana a los comunistas de filiación comprobada. "Un día, aquí en México —recuerda Costa-Amic— agarré a Gamboa por el cuello en un Vips y le dije: ¡Cabrón, no me dejabas embarcar! Se fue pitando. Yo no le iba a hacer nada. Tal vez lo hubiera injuriado, pero nada más. Era un cobarde."

Gracias a la intervención del general Cárdenas, Costa-Amic arribó a Puerto México, hoy Coatzacoalcos, en julio de 1940. Eran las últimas remesas de refugiados. La residencia le fue asignada en San Andrés Tuxtla, donde la colonia española ayudó a la instalación con una casa grande, una máquina de escribir para Costa-Amic y una plancha eléctrica para su compañera. El asesinato de Trotsky (agosto de 1940) lo sorprendió antes de su llegada a la capital y siempre le quedaría la convicción de que, de haber anticipado el viaje, hubiera podido impedir el crimen. Sus ilusiones no carecen de fundamento: Costa-Amic conocía perfectamente a Ramón Mercader desde los tiempos en que éste cumplía sus funciones de "oreja" del Partido Comunista Español en las organizaciones catalanas independientes. De haberlo identificado en el círculo de colaboradores de Trotsky, habría advertido a los guardias sobre la peligrosidad del personaje y tal vez impedido que, al menos, Trotsky cayera bajo esta precisa mano que asestó el golpe.

Aburrido de mecanografiar cuartillas para sobrevivir en San Andrés Tuxtla, Costa-Amic decidió probar suerte en el Distrito Federal con catorce pesos en el bolsillo. La primera suerte que probó fue, una vez más, la cárcel por cambiar de domicilio sin aviso previo al alcalde de San Andrés Tuxtla y a la Secretaría de Gobernación. También, una vez más, una buena

mano mexicana lo sacó de los separos y le dio el espaldarazo que le permitiera, por lo menos, deambular libremente por las calles de la capital, donde vivían Julián Gorkín, dirigente del POUM, y otros intelectuales de filiación trotskista como Victor Serge y Marceau-Pivert, que cerraban filas con los poumistas en un ambiente saturado por los estalinistas. Pero, curiosamente, la vida editorial de Costa-Amic empezó en asociación con dos miembros del Club Israelita, los hermanos Kruger, que, bajo el sello de "Ediciones Panamericanas", conocía una breve existencia de cuatro o cinco títulos, entre ellos, *Orden público* de Ramón J. Sender.

La vocación de editor se remontaba a la adolescencia de Costa-Amic cuando, a los dieciséis años, hacía una pequeña revista miscelánea en el barrio obrero de San Martín de Barcelona. Pero se afianzó durante el primer viaje a México al observar una inexplicable carencia de editoriales privadas y librerías en un país tan dotado en escritores y revistas literarias. La idea germinó sobre todo gracias a la necesidad de hacerse de un oficio para sobrevivir en el exilio. No hubo que madurarla mucho tiempo porque varias circunstancias decidieron por su protagonista. La primera fue propiciada por el director del Liceo franco-mexicano, Michel Berveiller, que tenía en su haber la organización de la conferencia de André Breton en la asociación France-Mexique durante la estancia del surrealista en México en 1938. Un ímpetu patriota lo llevó a renunciar a su cargo con el objeto de embarcarse hacia Londres y reunirse con las fuerzas de Francia Libre. Pero, no hubo barco que zarpara, ni regreso posible al puerto seguro del Liceo. Entró en contacto con el grupo de poumistas que estaba planeando una editorial que rescatara una versión distinta de la Guerra civil española y la tradición literaria de Cataluña, simbólicamente quemada en un auto da fe poco después de la toma de Barcelona por los franquistas.

#### EDICIONES QUETZAL

A principios de los cuarenta, abrir o traspasar una editorial no era un asunto de la competencia de los notarios o de la Secretaría de Comercio, ni dependía de los humores de capitalistas con pretensiones culturales. Todavía respondía a la iniciativa de intelectuales movidos por la sola urgencia de imprimir libros inexistentes en el mercado. Así había nacido la editorial Quetzal de Ramón J. Sender que, sin mayor trámite que un pago simbólico (cien o ciento cincuenta dólares) que le costeara un viaje a los Estados Unidos, la "heredó" a la triunvirato formado por Bartolomé Costa-Amic, Julián Gorkín y Michel Berveiller. Ramón J. Sender, aragonés de origen y catalán de adopción, republicano socializante y amigo

de Gorkín, había publicado pocos libros antes de que le ofrecieran un puesto de profesor en California: primero, los de su autoría como *Proverbio de la muerte*, *El lugar del hombre*, *Valle Inclán*, *Hernán Cortés o Mexicayotl*, y también el *Cervantes* de Jean Cassou, un *Darwin* de Marcel Prenant y una ¿primera? traducción de la novela de D.H. Lawrence: *La serpiente de plumas* (sic). Este había sido el saldo de casi dos años de existencia, a la cual Costa-Amic daría un giro radical a partir de 1941.

El fondo de Quetzal, en sus tres años de vida y unos pocos más de agonía, se dividió en dos grandes ramas: los libros en francés que supervisaba Berveiller y los libros en español a cargo de Gorkín, todos bajo la dirección editorial de Costa-Amic que era, en realidad, el hacedor y el administrador de la empresa. Berveiller que había educado a los hijos de la colonia francesa de México, se encargó de traer a ocho accionistas simpatizantes de Francia Libre para reunir un capital de cien mil pesos. También entraron socios mexicanos como A. Misrachi, Eduardo Villaseñor, Antonio Méndez, García Lecuona y el dueño de "Marcas mundiales", una importadora de vinos franceses. El hermoso logotipo de Quetzal fue dibujado por otro militante del POUM, el Dr. Encinas, que ahora, junto con su hijo, diseña los imprescindibles mapas de la Gufa Roji de la Ciudad de México. A él se deben también las sobrias o coloridas portadas de los libros de Quetzal.

Si bien las primeras publicaciones: *Hitler contra Stalin* de Victor Serge y *Canibales políticos* (*Hitler y Stalin en España*) de Julián Gorkín, le dieron a Quetzal unas cartas credenciales eminentemente políticas, su relativo éxito y su singularidad histórica se debieron a los escritores franceses que encontraron refugio en la artesanal casa editora mexicana.

El catálogo francés se inaugura con *Le petit bois et autres contes* de Jules Supervielle, ilustrado por Ramón Gaya. Se puede aventurar que el libro fue recomendado por Etiemble, amigo de Berveiller desde la juventud en la Escuela Normal Superior. Se reencontraron en México gracias a la amistad que compartían con Alfonso Reyes, otra eminencia gris de Quetzal, e iniciaron una colaboración que redundaría en algunos productos de la editorial. Jules Romains, exiliado en México también al amparo de Alfonso Reyes, entregó su conferencia *¿Misión o dimisión de Francia?* que, por su carácter de actualidad, fue traducido al español por Pablo Macedo en 1942. Roger Caillois remite en 1943 *La communion des forts* para la colección significativamente bautizada *Renaissance*. Un adelanto del ensayo se publicó en *El hijo pródigo* en traducción de José Luis Martínez y meses después, Xavier Villaurrutia reseñó el libro en la misma revista. Todavía para *Renaissance*, entrega Man'ha Garreau-Dom-

basle su libro de cuentos *Masques*, en un gesto que pudiera interpretarse como una legitimación vicaria de la empresa editorial, puesto que era la esposa del representante de Francia Libre en México, luego de la ruptura de relaciones diplomáticas con Vichy. Dado que el libro se ha esfumado hasta de las bodegas de los libreros de Donceles, es imposible saber si se trata de los mismos cuentos editados en París (1952), bajo el título de *Aztlan* con ilustraciones de Tamayo. Michel Berveiller aprovechó la hospitalidad de su propia casa para publicar una obra de teatro: *Le faiseur de prestiges*, de la cual ignoramos el tenor y si fue representada alguna vez. En 1944, un solo pero fundamental libro se publica en francés: *Poésies* de Stéphane Mallarmé, que tiene la particularidad de ser la primera edición completa y cronológica de la obra poética de Mallarmé. La edición y el prefacio estuvieron a cargo de Emilie Noullet, una notable crítica belga, estudiosa y amiga de Valéry, que también había encontrado refugio en México y, junto con su esposo Josep Carner, confeccionaba la revista literaria *Orbe*, equiparable en calidad y nómina de escritores a *Les lettres françaises* de Caillois en el Buenos Aires de Victoria Ocampo. El filósofo Jacques Maritain encontró en Agustí Bartra el traductor para su ensayo: *El crepúsculo de la civilización* y Claudio de Souza, con un prefacio de André Maurois, dio a conocer *Los últimos días de Stefan Zweig*, cuyo suicidio en Brasil conmovió al mundo entero y, en particular, a su amigo Jules Romains, como lo atestigua Alfonso Reyes en "Palabras funestas". Charles Baudelaire había de cerrar las ediciones francesas de Quetzal con *Mon coeur mis à nu* y *Fusées*, con un prefacio de M. Mespoulet que desató la indignación de César Moro en las páginas de *El hijo pródigo* porque la señorita Mespoulet pretendía convertir al poeta maldito en un santo.

Otra colección francesa: *Les oeuvres éternelles*, ofrecía, en versión original o bilingüe, algunos clásicos como Molière (*Le misanthrope*), Voltaire (*Candide*), Alfred de Musset (*Les caprices de Marianne* y *Fantasio*), Diderot (*Le neveu de Rameau*). En todos los casos eran traducciones nuevas y tal vez la colección tuviera la pretensión de financiar a los contemporáneos. Pero, el gran y único éxito de Quetzal, su best-seller de dos mil ejemplares que se agotó antes que la editorial desapareciera, fue *Clochemerle* de Gabriel Chevalier, en cuya portada figura una viñeta de Remedios Varo.

Paralelamente a Quetzal, Costa-Amic publicó por su cuenta, bajo el sello de Costa-Amic Editor, el *Aurelia* de Gérard de Nerval (1943), la traducción bicipite de Xavier Villaurrutia y Agustín Lazo de *Judith* de Jean Giraudoux (1944), y la versión castellana de Jorge Zalamea de *Elogios y otros poemas* de Saint John-Perse (1946). También se le debe una carpeta de veinte fotografías de Manuel Álvarez Bravo sobre

Los tesoros del Museo Nacional de México. Escultura Azteca, cuyo prólogo corrió a cargo de Benjamin Péret. Habría que recordar, de paso, que Costa-Amic dio a conocer por primera vez, en 1946, *El señor presidente* de Miguel Ángel Asturias.

En la rama española de Quetzal, reunida en la colección "Nuestro Tiempo", figura una heteróclita suma de ofensivas políticas, como los libros de Serge y Gorkín ya mencionados, de recuperación del fondo Sender, de testimonios sobre la guerra: *Páginas del destierro* de Álvaro de Albornoz o *Refugiada* de Clara Leiser, y de literatura *light* como se adivina en el título de Dorothy Dix: *Cómo conseguir y conservar un marido*. Otros franceses integran la colección en español, como, por ejemplo, Paul Reynaud con *Advertencia a Francia* y el trotskista Marceau-Pivert: *¿Adónde va Francia?* Desde los Estados Unidos, Henry A. Wallace retomaba la misma pregunta con: *¿Qué hará Norteamérica?* Por desgracia, ni el propio Costa-Amic conserva una colección completa de las ediciones Quetzal y, por lo tanto, la reconstrucción del catálogo es aleatoria.

Si bien Quetzal no tenía imprenta propia, en cambio disponía de una librería en el Pasaje Iturbide, número 18, que pronto se convirtió en un lugar de reunión para franceses y francófilos. Costa-Amic perdió casi enseguida a su joven ayudante catalana que decidió probar suerte en la industria cinematográfica, pero ganó así a un empleado más ilustre: el poeta peruano y surrealista César Moro que, a partir de 1942, atendía a los clientes de la librería. Leonora Carrington, Wolfgang Paalen, Esteban Francés, Agustín Lazo, Remedios Varo, allí dejaban dibujos originales a consignación, y Benjamin Péret y César Moro aprovechaban los anuncios publicitarios de Quetzal para recabar suscriptores que quisiesen leer sus últimas creaciones poéticas. Quetzal era visto como un centro de resistencia cultural, pero nunca recibió subvenciones oficiales de la embajada francesa, ni de Francia Libre. En cambio, se benefició de ayudas indirectas, como imprimir la revista del IFAL que dirigía Paul Rivet.

El fracaso económico de Quetzal no se debió tanto a una mala administración de la empresa como a la brevedad de su existencia que no permitió una distribución a largo plazo del fondo editorial. Por lo demás, las complicaciones de la guerra no facilitaban el cobro de los envíos que se intentaron hacia Canadá, la librería Brentano's de Nueva York u otros países de América latina. Al terminar la guerra, el capital se había esfumado y pese a los esfuerzos de Eduardo Villaseñor por sanear las finanzas, la editorial pasó el relevo a otros jóvenes catalanes que, por desgracia, se limitaron a liquidar las bodegas de la calle de Artículo 123. "El fracaso no era por falta de lectores, recapitula Costa-Amic, pero los libros necesitan años

para ser rentables". En noviembre de 1946, las autoridades diplomáticas francesas conclúan al respecto: "Puesto que Francia ahora está representada por sus servicios oficiales y legítimos, la misión de Ediciones Quetzal está terminada".<sup>4</sup>

No deja de ser paradójico, y admirable, que quien fue recluido en un campo de concentración por un gobierno cómplice del ejército franquista, haya dedicado sus primeros años de libertad al rescate de la cultura francesa. Costa-Amic tiene una respuesta irrefutable al respecto: "No se trataba de los mismos franceses". Tal vez, sería hora que estos otros franceses le dieran las gracias por una labor que, a fin de cuentas, consistió en mantener vivo lo mejor de un país —su literatura— y en olvidar lo peor que también es capaz de cometer.

La aventura editorial de Costa-Amic no se detuvo con el fin de la misión desinteresada de Quetzal. Entre otros múltiples episodios, prosiguió con la paciente y empecinada reedición de los Clásicos Catalanes que desaparecieron en la hoguera. Gracias a los microfilms de la Biblioteca del Congreso norteamericano, Costa-Amic logró restituir la memoria milenaria de Cataluña.

Dos "golpes" editoriales lo retratan inmejorablemente. En vísperas de la Revolución Cubana, Costa-Amic aceptó el reto de imprimir e introducir en la isla cuarenta mil llamados a la huelga general de 1958. Reunió los pliegos que reproducían la propaganda bajo una portada que, adornada con la efigie de Cristo, rezaba: "Amaos los unos a los otros". El libro pudo ser introducido en Cuba y repartido de casa en casa como una inocente publicación católica. Años después, repitió la misma operación en el Santo Domingo del general Trujillo, a donde se trataba de enviar a los colaboradores más cercanos del dictador un libro de denuncia escrito por un dominicano. Esa vez, una portada de André Maurois sirvió de amparo fronsispicial al panfleto.

Al escuchar a Costa-Amic desgranar sus recuerdos, se antoja que el relato de su vida podría caber, sin impostura ni disfraces, bajo una portada que rezara: "Confesiones de un editor audaz y afortunado".

#### NOTAS

<sup>1</sup> Véase al respecto: Olivia Gall, *Trotsky en México*, 1991, Ed. ERA, pp.19-42.

<sup>2</sup> Jules Romains pronunció esta conferencia el 7 de mayo de 1942 en el Palacio de Bellas Artes, bajo los auspicios del Comité France Libre de México.

<sup>3</sup> *El hijo prodigo*, num. 28, 15 de julio de 1945.

<sup>4</sup> Informe de Jean Campa los Asuntos Culturales del Quai d'Orsay, Archivos de la Secretaría de Relaciones Exteriores de Francia. <